

3er. Domingo de Cuaresma. Año C

Lectio divina sobre Lc 13,1-9

Una desgracia repentina, muerte inesperada o matanzas injustas, suelen despertar en cualquiera de nosotros inquietud e interrogantes apenas solubles. Los creyentes nos vemos aún más confrontados con esa hiriente y oscura realidad, que es el mal, ya que creemos que nada ocurre al azar, que todo es efecto y huella de la benevolencia divina. Es natural, pues, que ante el mal y la maldad acudamos a Dios pidiendo una explicación, cuando no exigimos que se justifique. Y la impresión que tenemos es que nuestro Dios no suele darnos casi nunca una 'buena' respuesta, una razón que calme nuestro dolor o que ilumine, al menos, nuestra perplejidad. La existencia del mal, tan evidente como cotidiano es, causa mayores problemas a los que creemos que a los que, por su causa, dejaron de creer en Dios.

En una ocasión, ¹se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. ²Jesús les contestó:

«¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? ³Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. ⁴Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? ⁵Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.»

⁶Y les dijo esta parábola:

«Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

⁷Dijo entonces al viñador:

"Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?"

⁸Pero el viñador contestó:

"Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, ⁹a ver si da fruto. Si no, la cortas".»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Acabando de exhortar a la gente a que discierna el sentido profundo de cuanto les acontece y a tomar decisiones en consecuencia (Lc 12,45-48), Jesús es requerido a que explique a una reciente desgracia que había causado tanto dolor cuanto incomprensión. La muerte cruenta de unos compatriotas cuando, precisamente, honraban con sus sacrificios a Dios había sido particularmente hiriente a la conciencia creyente: ¿dónde estaba Dios, cuando se le estaba dando culto? El episodio era, profundamente doloroso, por haber sido ordenado por una autoridad que se pensaba ilegítima (Lc 13,1-3). En lugar de dar una respuesta inmediata, Jesús agranda la sinrazón aludiendo a otro hecho de crónica, bien conocido de sus oyentes (Lc 13,4-5). La muerte accidental de unos cuantos, aplastados por el derrumbe de un torre, no era menos incomprendible, pues no se le podía achacar a la maldad de un déspota violento. La muerte de inocentes, sea fruto de violencia, sea efecto de fatalidad, suscita en el creyente siempre la pregunta por Dios y su bondad.

Con su respuesta Jesús lee lo acontecido 'proféticamente': el mal acaecido no hace malos a quien los han padecido; la muerte, fortuita o no, no identifica al pecador. No eran peores las víctimas que los que se libraron. Las desgracias sirven como seria advertencia para quienes no las sufren y siguen vivos. El mal visto y triunfante en la desgracia ajena ha de hacer buenos a quienes las presencian y no sucumben. Quien no se convierte, ante el mal que ve, perecerá bajo su poder. Los desdichas ajenas no pueden sernos ajenas: tienen que influir en nuestra forma de vida. No haber perdido la vida en un infortunio no nos hace mejores, pero nos tiene que convertir en buenos.

Y para dar mayor fuerza a petición de conversión, Jesús añade la parábola de la higuera infructuosa (Lc 13,6-9). Su dueño, molesto por su inveterada esterilidad, está dispuesto a erradicarla, pero cede a la premura del cuidador que la dedicará con mayor esmero y le concede un año más de gracia. Es una última oportunidad que se le concede a la higuera: mientras se mantiene en vida, su dueño mantiene la esperanza de ver en ella frutos. Que se convierta quien no es todavía bueno es la esperanza que mantiene el buen Dios. Y de ahí, su paciencia con que aún son malos. Pero, no hay que olvidarlo, el tiempo concedido está ya fijado: no esperará el dueño otros tres años, solo le ha concedido a su higuera uno.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Dos sucesos luctuosos recientes y una parábola ayudan a Jesús a fundamentar su exigencia de conversión (Lc 12,35-59). La muerte inesperada, sea resultado de violencia voluntaria al pie del altar o fortuita consecuencia del derrumbamiento de una torre, es una cuestión siempre abierta que busca explicación. Jesús advierte a los vivos que harían mejor no preguntándose por la suerte de los muertos; deberían interesarse, más bien, por su propio porvenir. Fueran pecadores o no quienes murieron, solo quienes viven tienen la oportunidad todavía de evitar la muerte verdadera, aquella que dura para siempre. El hecho de que aún se les haya concedido un tiempo, no los libera de su responsabilidad, la acrecienta más

bien. Que no les haya llegado su hora no significa que no vaya a llegar: el juicio retrasado agranda su responsabilidad y hace menos justificable que retrasen su conversión. En lugar de preguntarse por lo que no pueden cambiar ni es evitable, el cristiano tiene que optar por cambiar de vida, por mejorarla, que es lo único que le asegura librarse de perecer. Solo viviendo como Dios quiere de él, logra el creyente liberarse de cuanto teme; Dios deja de ser temible, cuando se acepta su voluntad.

Un día fueron algunos a Jesús con este mismo interrogante en sus almas: dos sucesos luctuosos, recién acaecidos, les habían turbado profundamente. El asesinato en masa de creyentes, durante una celebración religiosa, era prueba de la crueldad del régimen político que, muy a su pesar, soportaban. El derrumbamiento de un muro, un imprevisto accidente, era, si cabe, aún más inexplicable, ya que la muerte parecía fruto del azar. En ambos casos no se veía bien dónde había ido a parar Dios y su providencia.

Donde las personas más piadosas veían un grave castigo, Jesús descubre un aviso de Dios, una última oportunidad para la conversión que estaba exigiendo. Los judíos solían pensar que, como solemos decir, quien la hace, la paga. El mal que sobreviene, aunque inesperado, nunca es gratuito, siempre tiene una causa. Las víctimas del mal se lo han merecido, pensamos: deben haber previamente hecho algo mal. Dios no podría castigar a quien es justo: el fiel que sufre es fiel sólo en apariencia, su vida esconde algún pecado, lo sepa o no. Con semejantes presupuestos, el mal siempre tiene una explicación lógica, un motivo; es, en cierto sentido, incluso 'razonable', pues es efecto de mal comportamiento previo. Jesús, que sufrirá una muerte injusta, no podía dar por buena tal explicación: quien se libra del mal no es mejor que quien sucumbe bajo su poder. El malvado puede sobrevivir, mientras que el justo suele perecer. ¿O no es esa nuestra experiencia?

La presencia del mal, presencia inevitable e irritante, es una llamada a la conversión. El mal debe hacer al bueno menos seguro de su bondad y al malvado más sensible al mal. La experiencia del mal es una invitación a la conversión a Dios, el único que puede librarnos definitivamente de él. No son más culpables quienes más sufren; el dolor injustificado, cualquiera que sean sus causas, cuestiona nuestras seguridades, nos recuerda nuestras limitaciones y, muy a nuestro pesar, nos pone en camino hacia Dios. Quien puede sufrir, todavía no está a salvo; quien aún puede sucumbir al mal, no es del todo bueno todavía. El mal que hacemos, tanto como el que padecemos, desestabiliza nuestras vidas y nos torna inseguros: nos agranda la conciencia de nuestra debilidad e insignificancia.

No es de extrañar, pues, que nosotros, los creyentes, nos sentamos a menudo tan turbados como aquellos contemporáneos de Jesús, ante esa realidad tan obvia y omnipresente como es el mal, ese mal del que no podemos huir, un mal que nos hace frágiles y convierte en percedero en un momento el bien, todos los bienes, que hayamos conseguido acumular durante toda la vida. No advertimos que el mal, la desgracia, la calamidad, puede ser una llamada de atención de parte de Dios, una invitación, severa es cierto, a tenerlo más en cuenta, un aviso doloroso que sacude nuestra indiferencia y hace frágil el menosprecio de Dios con que vivimos a diario. El mal, conocido cuando desconocíamos a Dios, nos hace apreciar mejor el bien que de El hemos recibido y sopesar con mayor cuidado los riesgos que corremos con nuestra ingratitud y menosprecio. Hacernos experimentar el mal, en cualquiera de sus formas, puede ser el modo que Dios se ha reservado para recordarnos que sólo ÉL es nuestro Bien, el Bien que satisface completamente, el Bien que colma nuestras expectativas, por ser el único Bien que permanece para siempre.

Que la experiencia del mal, ajeno o propio, sea una invitación a la conversión, lo quiso indicar Jesús contando a quienes habían acudido a él, preocupados, la parábola de la higuera infructuosa. Hay que advertir el modo de responder de Jesús, quien no responde a la pregunta, indica, más bien, una tarea que hacer. No ha venido a solucionar las cuestiones que le ponen sino para plantear otras nuevas; deja a sus interlocutores inquietos con sus problemas pero les advierte que no se han planteado todavía la cuestión decisiva. Sus interlocutores habían visto el mal, pero era un mal que no les tocó a ellos; sus preguntas eran bien intencionadas, pero algo 'académicas': no surgían de su propio dolor, reflexionaban sobre el dolor ajeno. Y Jesús responde a semejantes interrogantes diciendo que quien se cree vivo y al seguro, es, precisamente, quien está expuesto al mal imprevisible, a la muerte, lo mismo que el pereció; cuenta, eso sí, con un último plazo, mientras viva: ésa es la advertencia que está a la base del símil de la higuera.

Como ella, podemos haber dado algún día esperanzas a nuestro Dios de que daríamos frutos. Tantas veces ya le hemos prometido tanto, sin darnos cuenta de que vendrá un día a exigirnos lo prometido. Jesús nos recuerda que no basta con prometer, aunque sea mucho, hay que dar, por poco que sea. No basta con vivir de los dones de Dios, habrá que devolvérselos. No son los deseos mejores que alimentamos, sino las buenas obras que hacemos, las que no omitimos, lo que decidirá nuestro futuro con Dios. Sería, pues, engañoso creer que, puesto que no nos han ocurrido todavía grandes desgracias, como a tantos otros, o porque hemos salido incólumes de las que padecemos, estamos ya al seguro de la última, la definitiva, el día del juicio del Señor. Como a la higuera sin frutos, se nos ha concedido un plazo más, una oportunidad última. Inútil sería que, por pensar en el mal que puede cebarse en nosotros, dejemos de hacer el bien que Dios espera de nosotros; el mal que nos debe preocupar es el bien que no hacemos a los demás.

¡Bienaventurados nosotros si oímos hoy la voz del Señor!: volvemos sensibles a tanto mal como hay en nuestro mundo, y en nuestro corazón – ¿para qué ir más lejos? ¿por qué quejarse siempre de lo malo que es el mundo, de lo malos que son los demás, cuando podíamos descubrir tanto maldad en nosotros mismos como achacamos a los demás? –, nos debería sensibilizar al Bien que tenemos en Dios, a los bienes que ya hemos recibido de Él y recordáramos que un día, el día en que nuestro mal sea vencido por Dios, se nos pedirá cuenta del mal que hicimos y del bien que omitimos. Si la presencia

del mal en nuestro mundo, una presencia tan imponente, tan vistosa, tan diaria, no nos lleva a echar de menos a Dios, nuestro supremo Bien, y no nos induce a ser mejores, ¿para qué nos servirá seguir sufriendo? ¿Sólo para creernos que sufrimos injustamente? ¿Sólo para quejarnos de que Dios no se ocupa de nosotros suficientemente? El mal que existe a nuestro alrededor nos debe hacer mejores: pues, y ésta la advertencia de Jesús, mientras se esté dando el mal a nuestro alrededor, no podemos seguir siendo malos nosotros...., a no ser que queramos perdernos y perder a Dios para siempre.